

LIBRO TERCERO

1824-1828

El tiempo, que roba sus años á la juventud, me ha arrebatado ya veintitrés en sus alas. Mis días se deslizan á grandes oleadas... Pero sea cual fuere mi inteligencia, extensa ó limitada, precoz ó tardía, siempre irá encaminada al objeto hacia el cual me arrastra el tiempo, me guía el cielo; pues usaré constantemente de mí mismo bajo la mirada de aquel que me da mi misión, de mi divino Creador.

MILTON.—*Sonetos.*

ODA PRIMERA

A M. ALFONSO DE L.

Y sabiendo estas cosas, venimos
á enseñar á los hombres el temor
de Dios.

II. Cor. V.

Hábame yo dicho, sin embargo:
«Resguardemos mi nave. No arriesguemos
al viento que la azota
mi vela nuevamente.
Escondamos también este laúd.
¡Tal vez habrán vivido mis cantares!
Sé tú como un soldado
que vuelve silencioso
á suspender sobre su cabecera
un resto de armadura,
y, triunfante ó vencido,
tranquilamente duérmese.»

Yo, á la musa que amo,
solamente pedía

inspiración para cantar mi tránsito
supremo ó solemniál.
El poeta se debe alegremente
ofrecer á la tumba;
si él no riese en el cruel momento
en que lloran los otros,
cada uno le diría: —¡Esta es la hora!
¿Por qué no cantas si tu muerte llega?

Es que la fiera muerte
no es lo que se figura
la muchedumbre. Es el feliz momento
en que su recompensa obtiene el alma;
el instante en que vuelve
el desterrado hijo
al seno paternal. Cuando inclinamos
del lado de ella nuestro oído inquieto,
con su voz de ultratumba,
que juzgábamos muda, ya comienza
á cantar el sublime, eterno himno.

II

Antes de lo debido, antes de tiempo,
vuelvo á la liza; pero tú lo quieres,
amigo, y es mi cómplice tu musa;
es ella quien mi brazo ha despertado,
y tú eres aquel que: «Ve,—me dijo,—
probemos juntos suerte en la refriega
que cada día es más comprometida.

¡Marchemos y cantemos
el nombre de Jehová!»

Yo uno, pues, á tus cantos
algunos cantos temerarios míos.

Toma tu inmortal lira
y los dos, cual hermanos, lucharemos
por los mismos altares
é idénticos hogares; y montando
cual par homérico en un carro mismo
para luchar en las arenas líricas,
tú empuñarás la lanza
y yo me cuidaré de los corceles.

Para ceder después alguna parte
á la flaqueza humana,
yo no sé qué pendiente
á los combates otra vez me induce.

Necesito de nuevo
volver á ver lo que yo he combatido,
echar sobre el impío mi anatema
postrimero, decirte que te amo,
y entonar otro himno todavía
á las santas virtudes.

III

No estamos ya en el tiempo en que el poeta
hablaba al cielo cual un sacerdote,
cual profeta á la tierra.

Que Moisés é Isaías
aparezcan en nuestros tristes campos;
los miserables pueblos
que vendrán á juzgar, á dar castigo
ó á absolver, en sus ojos,
cual rayos fulminantes,
no sabrán ver la cólera
que truená en estallidos en sus cantos.

En vano irán diciendo en las ciudades:

—«¡Ya no más rebeliones!
 ¡No más guerras civiles!
 ¿Por qué danzar en torno, á todas horas,
 del becerro de oro?
 Dragón va á derretirse,
 Baal desaparece,
 el Señor dijo ya á su sacerdote:
 ¡Para hacer penitencia
 les quedan pocos días!

»¡Reyes, pueblos, cubríos
 con un saco tiznado de ceniza!
 Pronto, sobre la nube,
 va á descender un juez.
 ¡Vosotros dormitáis! Que vuestros ojos
 al fin dignense abrirse;
 Tiro ya es pertenencia de las olas,
 Gomorra del incendio.
 De vuestra alma embotada
 el sueño sacudid, y despertaos
 para ir á la muerte.

»Desgracia al poderoso que en las fiestas,
 se embriaga riéndose
 de los profetas y del oprimido
 que silencioso llora,
 ignorando en sus males,
 igual que Baltasar en las paredes
 de la ruidosa sala, qué palabras
 una mano flamígera
 traza en letras de fuego
 entre lazos de flores.

»Él será (como aquel fúnebre genio
 por su gloria espantoso y su agonía,
 que cayera, aún joven,

y del que lleno está todo este siglo)
 hundido nuevamente.
 Napoleón, no obstante,
 estaba en lo más alto de la tierra,
 sus pies espolonados
 humillaban las frentes coronadas
 y su cabeza altiva
 ostentaba orgullosa su corona.

»¡Desgracia, pues! ¡Desgracia hasta al mendigo
 que, hipócrita y celoso,
 furtivamente llame
 á las puertas del sátrapa!
 ¡Al miserable esclavo en sus cadenas
 y en su castillo al amo!
 ¡Al que, viendo marchar al inocente
 al suplicio, entre dos crueles cómplices,
 no extienda en su camino
 su manto más suntuoso!

»¡Desgracia á aquel que diga:
 —Mi madre es una adúltera!
 ¡Al que disfrace con lenguaje austero
 un corazón villano!
 ¡Al que en blasfemia cambie
 un juramento muerto en el olvido!
 ¡Al maldiciente que delante adula,
 reptil de cara doble!
 ¡Al que se anuncie sabio entre los sabios;
 desgracia á ese insensato, oh sí, desgracia!

»Vosotros ignoráis qué Dios os hizo,
 pueblos. Y, sin embargo, vuestra vista
 reconocerlo puede en vuestros bienes,
 en vuestra pesadumbre, á todas horas
 y en todos los lugares.

Un mismo Dios vuestra existencia cuenta
y en vuestras fiestas reina. Si un caudillo
os lleva á la conquista,
el brazo que os arrastra
por Él es impulsado.

»En nuestros tiempos de locura y crimen,
á su voz, las revueltas
han abierto su abismo.
Han vertido los justos
su inapreciable sangre;
y los pueblos, rebaño que dormía
al peso de su gladio,
como Jacob, han visto
en un extraño sueño
los ángeles al cielo remontándose.

»¡Temblad! Dentro de poco,
su venida anunciando,
el clarín del arcángel
desgarrará la nube.

¡Día de eternas dichas y tormentos!
De rayos y aureolas
y relámpagos, Dios, resplandeciente,
os mostrará en el suelo vuestros ídolos
y os dirá amenazante:

—¿Quién es, pues, el Señor, Dios verdadero?

»La trompeta en las nubes,
siete veces sonando,
empujará hasta Él, extenuadas,
palidecientes, á las razas todas
chocando á grandes olas en la noche;
Jesús invocará á su santa madre,
y la puerta celeste
y la de los infiernos

se abrirán con ruido á un tiempo mismo.

»Dios irá enumerándoos
con voz solemne. Al viento de su ala
se inclinarán los reyes.
Le llevará cada uno de vosotros
sus esperanzas y remordimientos.
Del fondo de los mares,
de lo alto de los montes,
en la honda catacumba,
el mármol de la tumba atravesando,
un soplo omnipotente
moverá las cenizas de los muertos.

»Arráncate, ¡oh siglo!,
á tus frívolos, vanos pensamientos.
Pronto faltará el aire
al espacio en que vuelas.
¡Mortales! ¡Gloria, placer, bienes, todo
es vanidad inútil solamente!
Los que en vuestras moradas
queréis que cada hora entre riendo,
¿en qué pensáis, decidme?
¡La eternidad! ¡La eternidad ignota!»

IV

Responderán entonces nuestros sabios:
—«¿Qué quieren de nosotros estos hombres?
No son del mundo ni del tiempo nuestro.
¿Nacieron estos vates
en el valle sagrado?
¿Dónde está, pues, su Olimpo,
y su Parnaso en dónde?
¿Cuál es su Dios que así nos amenaza?»

¿Tiene el carro de Marte?
¿Tiene el arco de Apolo?

»Si pretenden acaso
hacer sonar de Píndaro la trompa,
¿no tienen á Hierón
de Tíndaro la hija,
la Elida, Cástor, Pólux,
ni aquellos juegos de los viejos tiempos;
la arena en donde rueda
el humo del incienso en anchas olas,
la hermosa rueda de los rayos de oro,
toda llena de clavos bronceados,
ni las viejas cuadrigas deslumbrantes?

»¿Por qué hemos de asustarnos
por simbólicas luces?
Donde Menalco y Palemón se batan
no nos gusta que hechicen
con canciones bucólicas.
Para decir el porvenir á nuestra
débil alma, se tiene á la Sibila
que bate el ala de un demonio negro,
espumeante, á presurosos golpes.

¿Por qué, en nuestros placeres,
cual una negra sombra perseguirnos?
¿Por qué, en su desnudez triste y sombría,
el sepulcro espantoso
abierto á nuestros pasos vacilantes
descubrirnos así? Anacreonte,
cargado con el peso de años luengos,
para poderse imaginar la muerte
se comparaba á las hermosas rosas
que en su cabeza cana se morían.

»Jamás dejó Virgilio
escapar de su lira
verso que no pudiera ser por Galo
á Lícoris leído. A todas horas,
de Horacio las canciones
de la risa en el seno formuláronse.
Él no derramó nunca
lágrimas inmortales,
y su lira, de mirtos coronada,
tan sólo humedecióla
la burbuja de agua que despiden
las cascadas que forman los torrentes.»

V

¡He aquí con qué desdenes, á Dios mismo
y á sus santos profetas, en su alma
acogerían! Y después veríaslos,
enojándote en vano,
continuar gozosos
algún festín locuelo;
ó, para adormecerse
de una idólatra á los acordes,
volverse de otro lado.

¡Qué importa! Cumple tu misión sagrada;
canta, juzga, bendice;
inspirada es tu boca.
El Señor te ha tocado con su mano;
y, cual la roca que Moisés hiriera
para la multitud que en el desierto
acampaba sedienta, la Poesía
de tu seno se escapa á borbotones.

Yo, aunque fuera vencido,

siempre me gustaría tu victoria.
Para mi corazón (tú bien lo sabes),
de toda gloria amigo,
el triunfo de los otros no es afrenta.

Poeta, siempre tuve
un canto á los poetas; los laureles
que adornan otras frentes, en mi vida
proyectaron la más endeble sombra
sobre mi frente humilde...

Sonríe hasta á la envidia
discordante y amarga.
Ella ultrajaba á Homero
y zahería á Dante,
y ella al guerrero insulta
bajo el arco de triunfo.

Bien es preciso que tu insigne nombre
vaya repercutiendo entre sus gritos.
El mismo tiempo trae la justicia;
¡deja que la tormenta pase ahora,
deja que tus laureles se engrandezcan!

VI

¡Tal es la majestad de tus conciertos
supremos, que parece que tú sepas,
cual los ángeles mismos,
dejar vagar tus manos por encima
de las celestes arpas!
Que el mismo Dios diríase,
inspirando tu audacia, en el desierto,
á veces frente á frente,
te aparece radiante
y con la voz te habla.

Octubre, 1825.

ODA SEGUNDA

A M. DE CHATEAUBRIAND

No se castiga á los árboles esté-
riles ó secos; sólo son apedreados
aquellos cuya frente está coronada
de frutos de oro.

ABEN HAMED.

I

Hay, Chateaubriand, intrépidos navíos
que al céfiro prefieren
huracanes bravíos.

Hay astros, reyes del brillante cielo,
mundos-volcanes cuyo eterno vuelo,
entre otros mundos, de la noche oscura
rasgan corriendo la mortal negrura,
llena la frente de fulgores blancos
del fuego que voraz quema sus flancos.

El genio en todas partes
tiene sublimes símbolos. Se debe
siempre, su favorito más querido,
de los reveses á las malas artes;
y al ser víctima débese el que pruebe
nuestro aplauso creciente.

Sometido
está el hombre eminente
á las tormentas; chispas tiene el rayo

y el cielo nubes, que los horizontes
intentaran parar por vano ensayo,
no poniendo á su frente
otros que inmensos, elevados montes.

Todo gran corazón tiene derecho
por el negro infortunio á ser desecho.

Cuando salva á las almas
de las leyes comunes, nuestra suerte
un tributo de honor la tierra paga;
la gloria sus tesoros tiene augustos
que guarda aun á despecho de la muerte;
al que el dolor amaga
lo eleva como en palmas
á la categoría de los justos:
nada como el laurel hay de tan bello
que el rayo desgarró con su destello.

Así, dime, ¿á qué ibas á una corte?
¿No eres tú, noble hijo de una esfera
tempestüosa, á quien desdicha alguna
no existe que tu genio no soporte,
de los reyes amigo á la manera
de los que las revueltas les alejan,
escasos cuando cede la fortuna,
que sólo les cortejan
al cernerse la muerte en su cabeza
adulando en peligro su nobleza?

No es estando un trono en su apogeo
ni en los tiempos de fiesta y poderío
cuando la corte en medio del recreo
protege á tales hombres. El bravío
mar encrespado, escollos escondidos
son menester á los perdidos nautas
que en alta mar, con mano y vista cantas,

se dan ya por perdidos,
porque miren el faro agradecidos.

Ya es inútil que en días de conquista
una mano gigante haya pesado
sobre tí; y cada vez que apresurado
el crimen arrastraba hacia el abismo
á la patria, al hallarla de sí mismo
á merced, tuvo aquélla en la pendiente
del precipicio tu indomable frente.

II

A tu vez, por la Francia sostenido
con unánime esfuerzo, que se llene
tu destino magnánimo permite;
en mayor gloria tuya es convertido
cada revés que tu destino tiene;
cuando te hirió la suerte, tú debías
darle las gracias, puesto que sabías
á cada contratiempo que tuviste
caer más alto de lo que subiste.

Junio, 1824.

ODA TERCERA

LOS FUNERALES DE LUIS XVIII

Tales cambios le son poco difíciles; son obra de la diestra del Altísimo.

SALMO LXX, 10.

I

La multitud rogando
ha venido al umbral del santo templo;
madres, viejos y niños
gimen reunidos, y el vibrante bronce
hace que se estremezcan en las nubes
de Saint-Denis los altos campanarios.
Turbado está el sepulcro
en sus densas tinieblas.
De sus fúnebres lechos
las incompletas filas
va estrechando la muerte.
Silencio en la morada
que la muerte protege. El rey cristiano,
seguido de su último cortejo,
en su palacio último penetra.

II

Otro había ya dicho: «De mi raza
esta grandiosa tumba será el puerto;

al rey á quien reemplace
pretendo sucederle
hasta en el seno de la muerte misma.
¡Aquí ha de descender mi vil despojo!
Para hacer sitio á mis cenizas mudas
se despoblaron estas negras bóvedas.
¡Al mundo le hace falta un nuevo amo
y á este sepulcro que fundé yo mismo
le faltan huesos nuevos!

»Yo prometo mi polvo
á esas naves funestas.
A un honor tan insigne
sólo tiene derechos este templo;
pues quiero que el gusano
que roa mis despojos
ya haya comido reyes otras veces.
Y cuando mis sobrinos,
en su altiva fortuna,
dominen toda Europa
desde el Kremlin al Escorial soberbio;
vendrán, uno tras otro, á hallar descanso
á este lugar sombrío
á fin de que yo sueñe,
escoltado por sus ilustres sombras
en mi imperial mortaja.»

Aquel que pronunciara estas palabras,
creía, audaz soldado,
en magníficos símbolos
ver su destino escrito allá en los cielos.
Así, en sus fulminantes apretones,
su águila de garras llameantes
hubiera ahogado al águila romana;
la victoria fué siempre
su más fiel compañera;

y la esfera imperial de Carlomagno
era para su mano todavía
muy ligera en exceso.

¡Bien! Este potentado que fué el amo
de todos los demás, en la esperanza
soberbia de su muerte,
fué defraudado por el mismo cielo.
De sus inacabables ambiciones
fué ésta quizá la única
cuyo objeto escapóle.
Inútilmente todo secundaba
su mortífera marcha, y en su gloria
llevaba á todas partes
sus incendiarias teas;
cargándose de cetros,
de fasces y coronas, nunca pudo,
aquel raptor de imperios y de tronos,
usurpar una tumba.

Cayendo bajo el brazo que castiga,
le hizo la vieja Europa prisionero.
De su linaje fué el primer monarca
y fué también el último.
Una peña do braman las tormentas
recibió á aquel coloso
que conquistara el mundo,
tirano á quien no osaba juzgar nadie,
guerrero envejecido
que en su triste miseria
debió á la compasión del extranjero
el óbolo del viejo Belisario.

Hoy, alejado de la santa tumba
que él mismo se arreglara poco antes,
descansa despojado

de aparato real, descansa envuelto
en su capa de guerra,
sin compañía alguna...
Y mientras él no tiene
más imperio del mundo
que una roca negruzca y solitaria
batida á todas horas por las olas
y un viejo sauce que combate el viento;
un rey por largo tiempo desterrado,
y que prósperos hizo nuestros días,
baja al lecho de muerte de sus padres
del Dios viviente bajo la custodia.

III

Es que el Señor que quita y da á los votos
del humilde que ruega,
á su patria devuelve al desterrado
y al conquistador manda á su destierro.
Dios deseaba que muriese en Francia
aquel monarca, en su desgracia grande,
que la huella llevó de los dolores;
para que aún la resignada víctima
desde el umbral de su sepulcro negro,
contemplase su cuna.

IV

¡Oh! Que en la noche fúnebre
en santa paz descanse.
¿Sus males no olvidó por nuestras penas?
¿No nos lega á su hermano generoso
que nuestros ojos enjugando llora?
Nuestros sueños políticos
con su luz disipando,
¿no fué quien proclamó el tratado augusto

de los tiempos antiguos y modernos?
 ¡Ley sabia que, venciendo
 los locos arrebatos de la plebe,
 da á los hombres sujetos
 la tutela de un amo
 que es el esclavo de sus libertades!

Un rey hidalgo por nosotros vela,
 ¡que conserve el aspecto de los cielos!
 Por largo tiempo, que ningún ruido
 despierte aquel sepulcro silencioso...
 Porque ¡ay! el demonio regicida
 que, ávido de sangre
 de los nobles Borbones,
 con el crimen pagó sus beneficios;
 feroz llenó estos mundos,
 por crímenes horribles despoblados
 y repoblados por maldades viles
 con demasiadas víctimas.

¡Que sepa que no cae la corona
 nunca jamás! Esta alta cima escapa
 á su fatal nivel. El vil suplicio
 do el mortal cuerpo de los reyes cae
 bajo el hierro, una nueva
 consagración para ellos es tan sólo;
 y Luis, aherrójado
 por desleales viles,
 sin las reales pompas,
 sin corte, sin heraldos, sin guerreros,
 conservando su augusta realeza
 ante la misma hacha,
 hasta en la cima de su cadafalco,
 de su eterno derecho dió otra prueba
 al perdonar á todos sus verdugos.

V

Mientras de Saint-Denis y Santa Helena
 la suerte meditaba,
 con incierta mirada sondeando
 estos grandes misterios de la muerte;
 ¿quién sois, pues, Dios soberbio?
 ¿Qué brazo echa las torres
 bajo la verde hierba,
 en vil jirón la púrpura cambiando?
 ¿Vuestro soplo terrible de dó viene?
 ¿Cuál es la mano, para mí invisible,
 que guarda así las llaves de la tumba?

Septiembre, 1824.

ODA CUARTA

LA CONSAGRACIÓN DE CARLOS X

*Os superbum conticescat
 Simplex fides acquiescat
 Dei magisterio.*

Oraciones de la consagración.

I

Desde hace treinta años, el orgullo
 es el error más grande de la tierra;

él fué quien despojó de su misterio
divino, del poder el santuario.
Sólo él nuestros furoros
temerarios creó; y aquellas leyes
por que tantos hermanos han sufrido
la criminal pasión, y los sangrientos
reinados, y las fiestas asquerosas
en que, en el cadafalco proclamándose
profetas, los verdugos
lo eterno proclamaban.

Por disipar locura tan ingrata
en vano las lecciones del Altísimo
sobre todos nosotros estallaron,
en los hechos pasmosos
que nuestro siglo olvida
inútilmente Dios manifestóse;
un gran conquistador de alas de fuego
en vano con el ruido de sus tropas
llenó doquiera el mundo, embrutecido
en sus cadenas; la vulgar ceguera
del obstinado pueblo, no vió nunca
la mano que empujara aquellos carros
de guerra desde el Norte al Mediodía.

II

¿Quién jamás la insolencia
de Clove aventajó, pueblos? Su apoyo
encontraba en su orgullo. No poniendo
en la balanza más que á él y al mundo,
creyó que la balanza se inclinaba
de su parte. Las armas agotadas
desafiaba él de veinte reyes;
bajo los pies de aquel audaz Sicambro

se habían quebrantado las naciones.
Nada en toda la tierra
fué temible á sus ojos; precisaba,
para que se inclinara su indomable
cabeza, que viniese
del cielo una paloma.

Al mismo altar volvió á bajar, ¡oh pueblos!
Vino, escapando á las profanaciones,
como ablandó de Clove el alma loca,
á vencer de los pueblos el orgullo.
Que á su vez, como un rey, se humille un siglo.
Al fin la voz se ha oído del oráculo
que reconcilia; viuda largo tiempo
la majestad real de sus coronas,
de la cadena que los tronos liga
con el cielo, ha vuelto hoy á encontrarse
el eslabón perdido.

III

No hace mucho se vió á los populares
tiranos, el pasado como un viejo
enemigo atacando;
persiguiendo el tesoro que guardara
Remy, al abrigo de vetustos mármoles.
Y la pálida frente del pontífice
dormido profanando, los jirones
de su episcopal túnica rasgaron;
porque desafiaban de la muerte
la santa majestad;
y á menudo exclamaban los ancianos,
de temor poseídos:
—¿Pero qué les han hecho los sepulcros?

Pero frustrando Dios de aquellos buitres
el criminal furor, á la paloma
abandonada de los lises guarda,
que va á extender sus alas todavía
sobre un rey. Esta dicha es para Carlos.
Carlos será, por el estilo antiguo,
consagrado, lo mismo
que Salomón, el sabio rey, que pudo
saborear del cielo los manjares,
cuando juntos Sadoch y Natán, luego
de rociar su cabeza con un bálsamo,
acercándose á él, mientras besaban
su frente, murmuraron: ¡Viva siempre!

IV

La antigua tierra de los Francos, entre
sus metrópolis cuenta
con una iglesia ilustre, á donde iban
todos los reyes, por su pie triunfante
al que tiemblan los polos,
á prosternarse ante la cruz. El pueblo
cien antiguos prodigios de él contaba;
tiene aquel templo sus arcadas góticas
cuyos contornos gustan á los santos;
velaba un serafin ante sus puertas
cerradas, y los ángeles
del cielo, al desfilar de los ejércitos
izaban sus banderas en las torres.

Allí es donde levantan
los gloriosos trofeos en las fiestas.
El oro, el muer y azul cubren y adornan
los oscuros pilares, como uno
de los palacios, donde, en sus ensueños

los caballeros, revoloteando
ven á las hadas. Del altar y el trono
se reúnen allí los esplendores;
en el santo lugar los puros rayos
de antorchas en hilera se confunden;
en los arcos el lis real se enlaza,
y, á través las vidrieras circulares,
rosas de fuego mezcla
el sol entre las flores.

V

He aquí que el córtijo
se adelanta con paso mesurado.
Y pregunta el pontífice
por CARLOS X á los guerreros. Vuelve
á ver de Reims el sacro altar, de Francia
la oriflama que en Cádiz encontróse
nuevamente. Ensondecen
el aire las campanas; los cañones
retumban; ante el rey mayor del mundo
de hinojos se prosterna todo un pueblo
y mil gritos de triunfo se confunden.
Luego el rey se arrodilla, y los obispos
dicen: «¡Señor, piedad para nosotros!»

«El que del justo Dios viene con pompa
ante el altar, del viejo Clodoveo
es el nuevo heredero, de los doce
pares es jefe, por su llamamiento
augusto, en este atrio convocados.
Sus valientes, cuando oyen sus oídos
su voz, la mano llevan
al puño de la espada, y palidece
de espanto el enemigo; sus legiones,

cuando vuelven después de hecha la guerra,
con su marcha pacífica aún inmutan
á la tierra.—¡Piedad, Dios, del rey nuestro!

»Pues sois más grande Vos que la grandeza
de los hombres. Señor, os alabamos
y os tenemos por Dios. Vos á la cumbre
nos lleváis, y ya en ella, es necesario
renunciar á la vida.

¡Vos sois, Señor, el dios de la victoria!
Tres veces los gloriosos querubines
os han llamado santo; corre el tiempo
á vuestra eternidad; tenéis el mundo
en vuestras manos, que palpita como
tiembla un gorrión en nuestros dedos preso.»

VI

Dijo el rey: «Nos, juramos, cual juraron
nuestros padres, á todos nuestros súbditos
paz, amor y equidad, y en todo tiempo
querer su libertad. En la fe misma
vivir por nuestros padres profesada;
el estrecho camino de las órdenes
de la caballería á seguir vamos.
Seremos diligentes
en procurar salvar al oprimido.
Así, sobre los santos Evangelios
lo juramos. ¡Que Dios esté de parte
del derecho del justo!»

¡Montjoie y Saint-Denis! El mismo Clove
se alza para escuchar; y los dos santos
guerreros, Carlomagno
y Luis, por diadema

llevando una aureola de laureles;
y Carlos VII, á quien, aún robada
guía Juana, y Francisco, que en Pavía
intacta la armadura
se encontró, y del rey último el heroico
fantasma, el rey dos veces consagrado
por un reinado doble:
después que en el altar, en el suplicio.

Ha rejuvenecido los derechos
el santo crisma del buen Carlos, ante
testigos tan gloriosos
del esplendor de Francia.
Recibe sin rendirse la corona
donde la gloria pesa
de sesenta monarcas. Y bendice
el arzobispo espada, cetro y mano
cuyos signos jamás se desmintieron.
Luego sumerge en el divino cáliz
aquellos guantes que jamás en liza
echara rey alguno, sin que el mundo
se estremeciera desde un polo al otro.

VII

Entra, ¡oh pueblo! ¡Sonad clarines, música,
tambores! ¡En el trono está ya el príncipe!
¡Es ya grande y sagrado!
Entre la inmensa muchedumbre brilla
como un faro entre olas.
Mil cantores del aire, bella imagen
del pueblo, mezclan su plumaje y voces,
su vuelo cruzan bajo las arcadas;
pues creían los Francos,
nuestros mayores, ver entre las nubes